

horas, a los niños de las niñas; y la cocina, formaban todas sus dependencias.

Se enseñaba a los educandos a leer bien y a escribir bien; se les enseñaba las cuatro reglas de la Aritmética, un poco de Gramática y de Geografía. Y aquí concluye el programa de estudios. ¡Ah! También se les enseñaba a ser honrados. Temer a Dios, respetar y obedecer a los padres y superiores, cumplir con toda clase de deberes, claramente expresados en un librito de pasta roja, en forma de preguntas y respuestas, eran los puntos principales del programa de educación que desarrollaba la maestra. Aquella escolita era bien deficiente, sobre todo si se le compara con los modernos establecimientos de instrucción. Y sin embargo ¡oh error de nuestra pobre naturaleza humana! yo quisiera una así para mi hijo, que pronto cumplirá cuatro años.

La estancia en que se enseñaba a las niñas era la más amplia del edificio. El techo era bajo; las paredes estaban encaladas; casi cubrían el suelo, de grandes ladrillos, varios petates tules, de dos varas en cuadro cada uno. Entre petate y petate aparecía el rojo pálido de las baldosas de barro cocido. La maestra ocupaba un sitio bastante elevado.

En la pieza descrita, unas veinte alumnas llegaban a adquirir, si no eran por completo desaplicadas, una habilidad admirable para la costura y el bordado. Aún recuerdo la cabecita rubia de mi hermana, sentada en una silla minúscula, inclinada sobre el primer dechado, combinando una serie de crucetas rojas, que concluían por formar fantásticas iniciales. El primer nombre que trazó fué el mío. Entre las crucetas algunas eran más gordas que sus hermanas, por haber contado mal los hilos; pero a mí me parecieron una obra maestra.

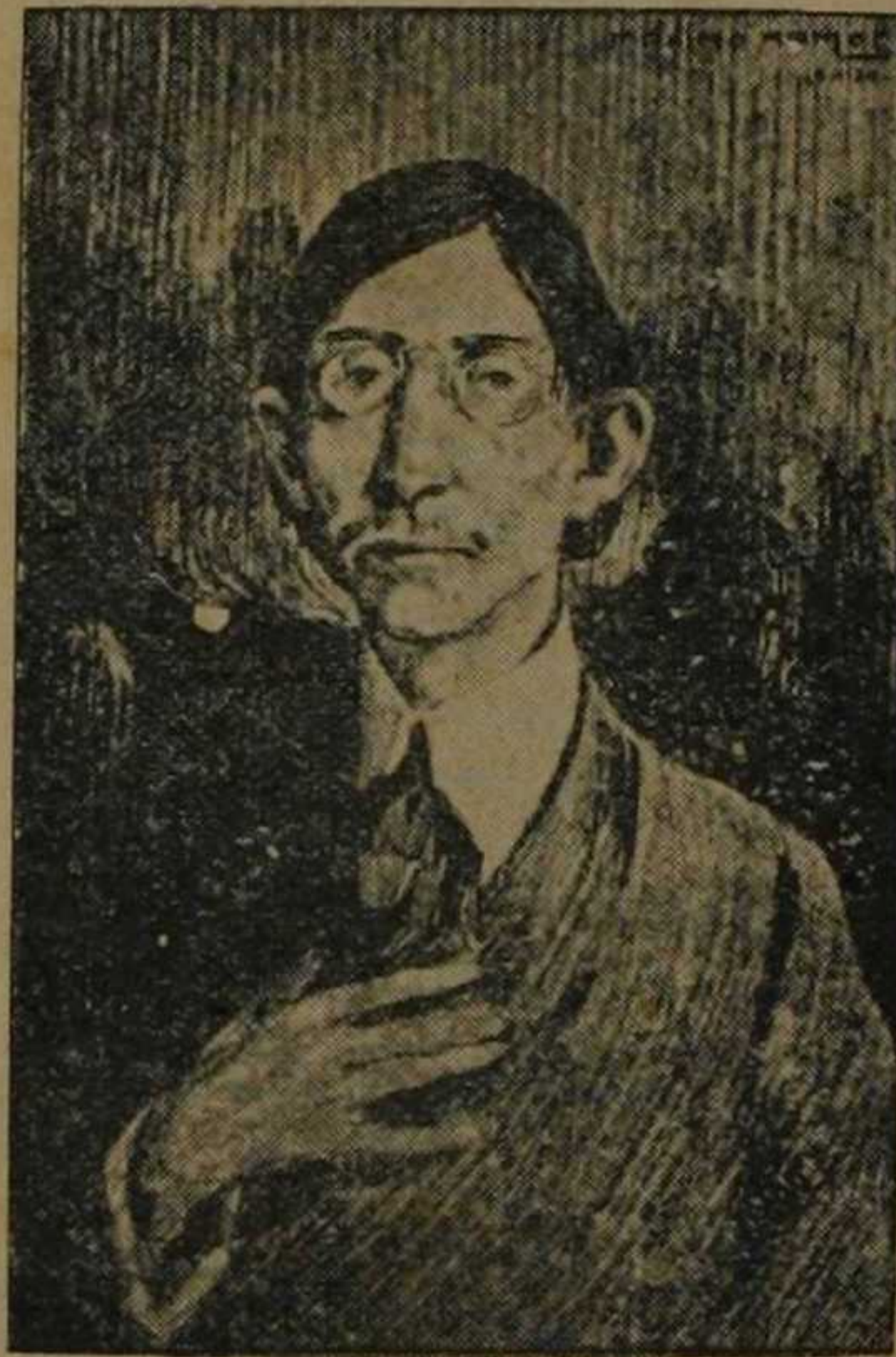
Mas cuando mi admiración tocó las lindes de la envidia, fué cuando ascendió Adela a hacer bordados de lanas de colores en el amplio tamiz de un cañamazo. Mariposas de alas verdes, árboles rojos; todo una naturaleza fantásticamente coloreada, parecía indicar en ella a una precursora avanzada de tal escuela pictórica modernista. Aquel daltonismo me encantaba.

El primer día no me separaron de mi hermana. Con gran estupefacción y después risa de la clase, los cuatro años de Adela, sin moverse de su sillita de junco ni separar la vista de su costura, mojaron abundantemente los petates tules.

Con delicado mimo, una alumna de las mayores había puesto en mis manos la Cartilla de San Juan. ¿Qué niño guatemalteco olvidará nunca la santa imagen del evangelista, grabada toscamente en la cubierta del silabario? A,

b, c,.....Las letras, con dificultad penetraron en los recintos de mi cerebro, en que una dama loca era el ama de casa. Aquellos oscuros caracteres no me decían nada. Pero cuando se combinaron, después de un rápido proceso; cuando llegaron a formar palabras, el resultado de las tareas de mi joven instrutora fué asombroso. A los quince días sabía leer. Fuí el preferido. Aquel éxito enorgullecó a todo el mundo: a la directora, a mi maestra, a la clase entera.

Una bandeja brillante, destinada



RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

(Visto por MÁXIMO RAMOS).

Autor del famoso cuento *EL HOMBRE QUE PARECÍA UN CABALLO*.

Falleció a fines de enero del presente año en Guatemala, su país natal.

para estas solemnidades, recibió en su seno la primer Cartilla que en manos de un escolar del colegio de la Señorita pudo presentarse incólume a los padres de familia. La rodeaba un listón de seda roja. La directora me dirigió breves palabras de aplauso, que me dieron la primer sensación fuerte de mi vida. Me tomó, llena de enternecimiento, de la mano. Adelita recibió la orden de seguirnos y fuimos a la casa paterna.

Mi madre acababa de volver del trabajo. Cuando la buena maestra se alejó, triunfante, la bandeja recibió una muestra completa del sistema monetario entonces en circulación en el país. Era una colección de monedas de plata que empezaba con el cuartillo real, seguía con el medio real, el real, la

peseta y el deacuatro y concluía en un flamante peso duro. El ruido de un paquete de cohetillos incendiados, apenas me dejó oír la voz conmovida de mi madre que me aseguraba que toda aquella riqueza era mía. Una amiga de la casa que llegó, una anciana señora, completó mi riqueza con un escudito de oro, del valor de cuatro reales.

No sólo a las primeras letras llevé un precoz talento. Con igual aprendía todo lo que se me enseñaba. Adelita, en cambio, con frecuencia se oía regañar por su atraso en los estudios. Pero se vengaba de estos regaños mostrando nuestras respectivas planas. Yo apenas trazaba renglones ilegibles. Mi hermana ya tenía la hermosa letra Spencer que es aún su orgullo. Se creyera que había nacido con aquel don, realzado por una intachable ortografía. En vano, estimulado, me propuse igualarla. Hoy, como entonces, mi letra casi no se puede entender y con frecuencia empleo la b en vez de la v o dejo deslizarse una z intrusa, con gran escándalo de los tipógrafos, que no comprenden tan graves faltas en un hombre que se deja llamar hombre de letras.

Esta precocidad, este triste don de nacer con un alma vieja, hizo que muy pronto me separaran de los niños, entre los que había entrado a formar al concluir la Cartilla. Sabía algo más que el más sabio de ellos. Mis compañeros de breves días se vengaron llamándome «Bendito entre las mujeres» y prodigándome otros muchos amables epítetos. Así empezó una persecución que sólo ha de concluir con mi muerte.

A la Cartilla de San Juan sucedió el primer libro de lectura de Mantilla. No me separaba de él. ¿Qué interés tendrían para mí aquellas líneas de «El niño sube y baja; la casa se ve bien; ¿ve el perro la casa?; el perro no ve nada»? ¿Qué imágenes harían nacer en mi mente la historia de la niña del geranio o la del perro que muerde las orejas al puerco, tan conocidas de todos los niños hispano-americanos? No quise levantar mis ojos de sus páginas en todo el día. En los momentos de recreo, en vez de jugar con mis compañeros, me encerraba entre ellas. La sobria refacción, llevada en una minúscula canasta, no supe en que consistió por entonces, pues la comí leyendo. Ya en casa, ante el plato de caliente sopa, se alzó el librito, guardando equilibrio entre el convoy y el azucarero. Por la noche lo llevé a mi cama y leí acostado. En mis regordetas manos de niño enraizó así el libro; y debe ser una planta maldita, pues pronto fueron largas y delgadas; cada vez más delgadas. Hoy mis manos de hombre apenas pueden sostenerlo. Ha absorbido todo jugo vital.